

EL MENSAJERO CRISTIANO.

PERIODICO MENSUAL DEDICADO A PROPAGAR LAS ENSEÑANZAS DE JESUGRISTO.

DIRECTOR Y PROPIETARIO:
Agustín Pardo.

SE REPARTE GRATIS.

IMPRESA Y ADMINISTRACION:
Calle 55 N° 474.

AMAMOS UNOS A OTROS.

El precepto con que adornamos estas líneas, pertenece á Jesús: en aquél están resumidas las leyes que se llaman divinas y las humanas que pretenden inspirarse en la verdad, ó lo que es lo mismo, en la justicia. No hay equidad donde no existe el concepto del amor, como finalidad del juicio. Faltando el sentimiento del amor en el corazón del que investiga y juzga, las pasiones se hacen árbitras de la inteligencia, y la verdad no puede responder á la razón. El hombre cae entonces del hermoso pedestal en que lo colocara el Todopoderoso, y la sociedad se siente en él desequilibrada por completo.

La falta del amor entre los hombres ha hecho que se produzcan en la sociedad, aquellas hecatombes que la historia recuerda con horror, y hoy que por desgracia nuestra, se repiten entre los que se dan el título de civilizados.

Progresan las ciencias, las artes, las industrias; el hombre en todos los puntos del globo no se dá punto de reposo para alcanzar los más grandes triunfos, arrancándole á la naturaleza y al universo sus hermosos secretos. Las inteligencias se hacen poderosas. La mente del sér que se dedica á observar lo que ocurre en el mundo con el desarrollo intelectual, queda en suspenso no pudiendo abarcar los increíbles adelantos que surgen de todas partes. Si fuera verdad que hubiéramos salido del caos, casi estaríamos tentados á creer, que vamos directamente hacia ese mismo caos; que llegará un momento en que la razón humana sorprendida por la grandeza de los acontecimientos que se van realizando á diario, acabará por anonadarse y confundirse.

El químico, el fisiólogo, el físico, el matemático, el mecánico, el astrónomo y cuantos se ocupan de las ciencias exactas asombran al mundo con sus extraordinarias concepciones.

Las mil religiones esparcidas por todo el mundo, sostenedoras de principios basados en el error, observan en silencio el movimiento grandioso que anuncia con voz solemne, la proximidad de una nueva era para la humanidad, y turbadas por el ruido que resuena en las suntuosas catedrales, exposición de la más refinada soberbia y orgullo, se sienten humilladas; y aunque el ALLEGRE de sus cantos continúa enloqueciendo á los corazones débiles, el predominio ejercido sobre las almas decae, pareciendo que ha llegado el momento de terminar para siempre; pero sin que la voz de sus deberes se alce para decirle "qué habéis hecho del precioso ministerio que voluntariamente os abrogasteis de redimir á las almas?"

Porque si es verdad que el hombre marcha de triunfo en triunfo, coronado por la aureola del genio en las ciencias, en las artes y en las industrias, también no es menos cierto que en su corazón se ha extinguido el fue-

go que lo ennoblece y lo eleva á la eterna superioridad de su dignificación.

El hombre, y el espíritu del hombre ha de alcanzar por sus propios esfuerzos todos los grados de la perfección.

Ha de ser sabio y ha de ser misericordioso.

Ha de ser misericordioso y ha de ser justo.

Y para conseguir esos tres grandes extremos de la perfección, ha de ser humilde, sencillo y benévolo.

Si el hombre alcanza á saber todos los secretos de la ciencia y no sabe amar, su ciencia es vanidad.

Si el hombre llega á ser poderoso por sus riquezas y por los dones de su inteligencia y no sabe amar, su poder, su riqueza, y su inteligencia no son más que vanidad.

¡Profetas del porvenir! ¡Apóstoles del progreso! ¡Reformadores de la humanidad! si vuestras obras y vuestros trabajos no están encaminados á sembrar el amor en el corazón de los hombres, para que se amen unos á otros con amor intensísimo, leal y desinteresado, nada valen esos trabajos; porque en la humanidad debe reinar el amor, la fraternidad; y mientras esto no suceda, las pasiones que son las que gobiernan al mundo continuarán ejerciendo su influencia en las almas, y no habrá paz, ni tranquilidad en ninguna parte.

Hace cuarenta siglos ó más, que el reformador del pueblo hebreo, Moisés, recordaba á los hombres el precepto eterno, y aprovechándose del progreso realizado hasta aquella época, escribía en piedra, el mandamiento á fin que no fuera fácil olvidarlo. En la mitad de aquel tiempo, aparece Jesús, y no tan sólo recomienda y encarece con solicitud extrema el precepto de amarse los hombres unos á otros como se ama cada uno en particular á sí mismo, sino, que para más impresionar al corazón humano, por el amor que mostró tener para los demás hombres, les ofrece el sacrificio de su vida, como testimonio del afecto que les tiene y les ha encomendado; y ni aún así, la gratitud respondió generosa á tan noble y desinteresada oferta.

Toca hoy al Espiritismo el tercer tiempo, y á los que sienten sus principios como ideales supremos llegar hasta el sacrificio, si preciso fuere, para atraer á los demás hombres hasta ellos, enseñándoles que al reino de la verdad y la justicia no se llega, sino por el amor purísimo de unos á otros.

¡Ay! del que hiere, ¡ay! de los que creen que la bomba que estalla y mata á centenares de hermanos obra el milagro de la regeneración y de la redención. ¡Ciegos! no comprenden que el fuego enjendra al fuego, la tempestad al huracán, y la desesperación la locura, la perversidad del espíritu y el resultado de todo esto no es otro que, producir ruinas y escombros!

Así, pues, como el amor atrae y cautiva á los seres llenando sus sentidos de felicidad, el odio separa y aleja á los que sólo se deben amor, condenán-

dolos al egoísmo, que es la enfermedad de los desesperados. Y cuando el sér humano llega á contraer esa terrible vesania que aniquila todas sus fuerzas morales, ¿qué porvenir le espera en el mundo? ¿qué porvenir le aguarda para después de la muerte? ¡Infelices! La labor que ejecutéis con vuestros pensamientos y vuestras manos, será la que os alimentará mañana, luego, en mucho tiempo.

El que á hierro mata á hierro muere; el que siembre destrucción destruido será. Tal es la ley desde el principio al fin.

El que da vida amando, en el amor su compensación y su salud, su felicidad y su grandeza.

¡Seres creados por el Amor Divino, amaos unos á otros, y encontraréis para el dolor resistencia, para la debilidad fortaleza, para la desesperación consuelos y esperanza que se convertirán en realidad tan pronto demostréis que sois magnánimos para perdonar, nobles para levantar al humillado; porque no se engrandece el hombre vociferando, ni matando, ni oliendo; el hombre se redime por el amor, y por el amor alcanza no tan sólo la estimación de los demás hombres, sino el reino de Dios que es mayor y más grande que cuantos honores y riqueza pueda brindarles la tierra.

ANDRÉS CORAZÓN GONZÁLEZ

EDIFICACION RELIGIOSA UNITARIA.

¿Qué extraños, pues, han de ser los rápidos progresos del Espiritismo, aliando la invencible palanca de la caridad con la ciencia, filosofía y artes progresivos, que son los arietes destructores de los errores humanos?

¿Cómo no ha de progresar si federa edades y tiempos, espacios y pueblos, leyes, ideales y destinos cumplidos; si somete lo humano á la acción divina; y busca la Ley eterna para cumplirla?

Por esto en esta síntesis es más fácil ver que en otras el resumen palingenésico de la época y sus manifestaciones rápidas; sus muertes y sus nacimientos; sus metamorfosis biológicas; pero haciendo brillar cada vez más su espíritu divino, inmortal, progresivo y armónico unitario; que ha de constituir la creencia universal teológica, pero admitiendo dentro de ella los progresos variados de cada espíritu y de cada conciencia.

Vertiginoso es el movimiento del Espiritismo.

Al Espiritismo del fenómeno sucedió el de la discusión filosófica.

Al Espiritismo del asombro, de la curiosidad y de la incoherencia, sucedió el Espiritismo de la reflexión, del análisis científico y de la organización.

Al Espiritismo demolidor de lo viejo, sucedió el Espiritismo edificante y constructor de lo nuevo.

Al Espiritismo del estudio, sucedió el Espiritismo de la práctica piadosa y de las virtudes.

Y he aquí retratadas en la síntesis las grandes edades del mundo: la Edad antigua, la Edad Media y la Moderna; la edad de las formas y de la materia; la edad de lo maravilloso en que despierta el espíritu á nueva vida; y la edad racionalista que busca lo intrínseco y la unidad armónica á través de las antítesis, de las contradicciones y antagonismos; la edad de piedra, de hierro y de oro; la unidad confusa, la variedad y la armonía; los tres puntos de la ley biológica integral que en la vida social nos representa el pasado, el presente y el porvenir.

No sé si esta crítica admitirá corrección; creo que sí, porque nadie es infalible; pero lo positivo, lo evidente es, que el Espiritismo cunde y se transforma de un modo maravilloso, y que contando apenas 30 años de existencia como filosofía y ciencia positiva, se halla hoy á la cabeza del movimiento contemporáneo.

Lo evidente es, que á los espiritistas simplemente esperimentadores, que creen en el fenómeno y lo estudian por curiosidad; á los exaltados, que son los fanáticos que admiten sin reserva toda comunicación espiritista; á los imperfectos, que comprenden la filosofía y admiran la moral, pero sin practicarla; han sucedido los espiritistas cristianos, los que comprenden y se esfuerzan en practicar la doctrina con todas sus consecuencias y en ejercer la caridad; han sucedido los espiritistas críticos, que someten todo dictado ultramundano al crisol del raciocinio.

Al Espiritismo del egoísmo que quería ser enseñado de los espíritus sin enseñar él á los demás, se le ha arrojado del templo como mercader que compraba con moneda falsa.

Al Espiritismo vergonzante, que temía decir lo que era aunque estudiaba la síntesis y la encontraba buena y racional por no sufrir el ridículo ó otras consecuencias, ha sustituido el Espiritismo franco, bal y sincero.

Al espiritista hipócrita, que creía en el Espiritismo y lo combatía por miras del lucro material, por orgullo de ciencia oficial ó de clase; ha sustituido el espiritista grande y magnánimo que sabe sobreponerse á estas pequeñeces y mirar los errores con compasión, aguardando el porvenir sin vacilación ni duda, y esperando solo triunfos del progreso universal.

Al espiritista indiferente, que creía y no hacía nada en el pasado, por su desarrollo; ha sucedido el espiritista celoso, trabajador, desinteresado.

El hombre viejo sucumbe por el hombre nuevo.

El folleto misterioso se trueca en revista pública y en libro.

Y en este movimiento, rápido para el que lo observa atentamente, nada hay en el mundo que se le parezca, y que con más tino y circunspección edifique la nueva morada antes de destruirse la antigua.

Porque en realidad el Espiritismo en su misión primordial edifica antes que demuele.

No son los espiritistas los que destruyen viejos errores; es la acción de la ley natural; es el resultado del progreso, quien sepulta en el olvido rancias tradiciones, ó costumbres inmorales, ó dogmas contradictorios y absurdos.

Hoy, ante la crítica, que nos enseña las falsas unidades de pretendidos universalismos, como la de Castelar en sus discursos religiosos; ante "Los conflictos entre la ra-

zón y la conciencia," en su aspecto vulgar, según Draper; ante las contradicciones de las enseñanzas y disciplinas religiosas con las escrituras sagradas, hebreas y védicas; ante los progresos de los derechos naturales y de la sagrada conciencia que pide el libre examen para adorar á Dios individualmente con arreglo á las luces de cada cual, pero sin hipocresía ni mentira; cae y se demuele por sí mismo el edificio de añejas creencias; pero de esto no es culpable el Espiritismo.

¿Cómo el médico que trae la salud al enfermo se confundirá con el espectro de la muerte que el moribundo vé acercarse á su lecho?

Solo el delirio de la agonía puede engendrar tamaña confusión.

Solo el estertor del cadáver puede llamar verdugo al redentor, y confundir el bálsamo consolador con la píocima amarga que atosiga al enfermo por los miasmas descompuestos que salen del cuerpo muerto. En tales casos, no son ya los ecos del espíritu los que hablan, sino el confuso ruido de la desolación y de la ruina; el estrépito de la caída, el entierro de una idea fósil, entre las carcajadas de esos impugadores, y la algarazara de los que reciben su herencia positiva, mientras el costo de su boato se disipa entre el humo, el polvo y los escombros.

¡Buena condición humana que reverdece en cada renacimiento progresivo, para ostentar eterna lozanía y pujante vigor, bajo el riego de lo divino que nos guía en los destinos sociales!

Muchos cadáveres os rodean.

La batalla entre el error y la verdad arrecia todavía por los flancos del nuevo ejército.

Peró esto, cadáveres lanzarán su último suspiro, si todavía conservan algún resto de vida, y pasarán como pasa todo, sin que se perturben las leyes divinas, y sin que el progreso deje de cumplirse.

Al proclamar la muerte de los dogmas inmóviles antinaturales, por el conocimiento de la verdad progresiva en que se manifiesta la ley; al enunciar entre las masas la desaparición de las religiones positivas é infalibles por el advenimiento filosófico de la Religión, que ya era, es y será de todos los tiempos conviene que sepamos distinguir lo que muere de lo que es eterno é inmortal, para ver así clara armonía de la autoridad y de la libertad, de lo viejo y de lo nuevo en sus elementos sanos y positivos.

Así como la chispa del arte penetra al genio humano, le hace concebir un ideal, y después lo moldea en el barro, en la basílica, en el cuadro ó en la plegaria; así la idea religiosa se encarna en el cuerpo individual y colectivo, y se traduce en una forma determinada de culto.

La estatua, la melodía ó el monumento arquitectónico, pasan, desaparecen; pero no desaparecen ni el ideal eterno de belleza, ni el molde humano que lo recibe; molde, que á medida que progresa hará más perfectas sus traducciones artísticas, ó cristales, que pulimentado, reflejará mejor la luz estética de las divinas armonías. Lo mismo sucede en ciencia que en religión.

Pasan las escuelas y las sectas; pero no pasa el manantial de verdad eterna.

Pasan los cultos; pero siempre viven la belleza y la verdad que contenían; porque de este modo se enriquece la historia y se cumplen los destinos progresivos.

Quear una ciencia inmóvil ó una religión inmutable so pretexto de que es eterna la verdad, es un absurdo; porque la verdad si es eterna; pero no se debe confundir una parte de ella con toda la verdad; ni debemos juzgarnos poseedores de la sabiduría completa que solo radica en Dios, en la perfección y omniscencia absoluta.

Esto es el error de las sectas soberbias, el error de las depositarias exclusivas de toda la revelación. Y esto que podría pasar en períodos de ignorancia, es hoy ridículo cuando la crítica ve á unas denunciando á las otras sus flaquezas.

¿Y quién conoce la verdad para buscar en ella el alimento eterno y superviviente á todas las revueltas y cataclismos

sociales de la historia; para distinguirla del error y dejarla que muera, ó matarla, acelerando el progreso?

¿Cómo es posible prescindir de las religiones positivas, sin caer en la anarquía religiosa y social, sin pervertir la idea autoritaria?

Si un inquilino vive en una casa ruinosa y se le arroja de ella sin darle otra mejor, puede seguramente decir que queda á la intemperie y en medio de todos los peligros; pero si en vez de su garita se le aloja en un palacio mil veces mejor, entonces no tiene motivo para quejarse.

Y esto es lo que hace el Espiritismo: edificar el palacio universal donde puedan cobijarse todos.

¿Cómo lo edifica?

He aquí de qué manera:

Todo espíritu sabe distinguir entre lo bueno y lo malo; entre lo falso y lo verdadero; porque á nadie falta el criterio para discernir y deliberar; como una necesidad de su libertad responsable y meritória.

Si, pues, lo limitado se completa progresivamente; si el mal y el error perecen y el bien y la verdad son eternos como obra de Dios:

Si las formas son transitorias, y el fondo espiritual persiste y evoluciona en los tiempos históricos:

Si el más sabio de hoy es ignorante mañana:

Si los siglos más creyentes son tal vez baldón de la historia en nuestros días:

Si el Antiguo Testamento queda abrogado, á excepción del Decálogo, por el Nuevo:

Si el progreso existe:

Si nadie puede poseer la vida completa: ¿Por qué no ser tolerantes todos unos con otros?

¿Por qué no amarnos como hermanos, en vez de llamarnos Racas, ó de querer enseñar á todos sin que nadie nos enseñe?

¿Es esto lógica?

Esto es error: esto debe morir.

¿Por qué hacernos invariables y negar la manifestación infinita de lo infinito?

¿Es esto natural, bueno, espiritual y verdadero?

Esto no es espiritual y progresivo, sino el molde añejo de costumbres é instituciones desgastadas; es como un cadáver material embalsamado que se quiere hacer pasar por vivo á las muchedumbres que no pueden verle ni tocarle y que creen fanáticamente:

Esto es malo, falso, contrario á la ley divina:

Y debe morir.

¿Por qué no amar al enemigo?

¿Por qué?

Pero seríamos interminables, y es preciso abreviar.

El Espiritismo edifica con la autoridad de la verdad proclamada católicamente por las conciencias libres. No impone su creencia; pero la defiende porque la apoya en las leyes inmutables de Dios.

Por eso cree que por la ley de variedad cada espíritu es libre en su pensamiento y en su conciencia para traducir en arte y culto su ideal religioso; y aun de asociarse á sus simpáticos para ejercer colectivamente su derecho en la oración pública; porque el principio corporativo está en las armonías sociales. Pero solo concede la verdad de estas manifestaciones según progresos realizados en cuanto no contradigan la ley del progreso, en cuanto respeten la autonomía de los demás, y ellos no se aparten de la unidad total humana que constituye la síntesis religiosa eterna de lo verdadero y de lo bueno.

El Espiritismo admite la verdad en todas las formas; pero no el error conocido bajo ninguna.

Admite á todas las sectas, siempre que cumplan con la fórmula espiritista:

LA CARIDAD.

"No basta—según san Pablo—hablar lenguas"

"Ni tener don de profecía";

"Ni distribuir los bienes á los pobres";

"Ni entregar el cuerpo para ser quemado";

"Porque todo esto de nada sirve sino tengo caridad."

"El amor es paciente, está lleno de bondad, no es envidioso, ni insolente, no se engríe, no es indigno, no busca su interés, no se irrita, no sospecha el mal, lo excusa todo, lo espera todo, lo sufre todo."

"El amor es humilde, manso, misericordioso, devuelve bien por mal;" etc.

¿Es esta la verdad? Sí.

¿Pues será eterna! ¡inmutable! ¡universal!

¿Son esto las sectas religiosas? Nó.

¿Luego tendrán que morir!

"Pasará el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán."

Lo eterno es la verdad divina: lo perecedero es el error humano.

¿Cómo se distingue lo divino de lo humano, y lo bueno y conveniente de lo malo y perjudicial?

Por la conciencia, por la instrucción, por el progreso moral, aplicando el criterio de los atributos divinos, sometiendo las cosas al análisis de las leyes naturales etc., etc.

(Continuará.)

Manuel NAVARRO MURILLO.

LA ORACION.

Diversas son las apreciaciones de hombres que pasan por ilustrados, sobre el objeto de la oración, opinando unos que es necesaria y conveniente, y otros por el contrario, que á nada conduce, y por lo tanto que es inútil.

La oración es hija exclusivamente de la fe, ya ciega ó razonada; el que carece de ella, desde luego jamás se ocupa en orar, porque considera este acto como una puerilidad del sér que ora, y el que la tiene y cree en una causa primera, en una inteligencia, en un ALGO supremo, superior á todo cuanto existe, halla muy lógico, natural y justo, elevar su pensamiento á esa causa desconocida, ya para dar gracias por los beneficios que reciba, ya para implorar su clemencia, ya en fin, para rogar por sus deudos, amigos y enemigos. En el primer caso se nos dirá que ninguno recibe más beneficio que aquellos á que se ha hecho acreedor y entonces no necesita dar gracias; pero aun cuando así sea, ese acto de agradecimiento implica humildad y veneración hacia la fuente de donde procede todo bien, toda felicidad; porque si el sér pensante dijera, llevado de su soberbia: "esto lo he recibido porque lo merezco", envolvería en sí un principio de vanidad y necio orgullo.

En el segundo caso, el alma apenas que impetra clemencia, en el mero hecho de hacerlo, da un paso de gigante en el camino del arrepentimiento; entra por la puerta, siempre abierta, de la regeneración espiritual, y tras de aquel paso vendrán otros y otros de progresivo adelanto, siempre que persevere en su enmienda.

En el tercero, podrá objetarse que Dios, dentro de su justicia infinita, no puede ni debe acceder á un ruego semejante, porque esto equivaldría á derogar sus inmutables leyes coeternas con El, y además, si así procediera, faltaría á la equidad y al atributo de justo, indispensable en El, puesto que pudiera haber espíritus en los espacios que no tuviesen en el planeta sér alguno que de ellos se acordase, mientras que otros, por el contrario, dejan numerosas prolas, que frecuentemente rueguen por ellos. Estas observaciones son muy razonables y atinadas, porque se fundamentan en el principio eterno de IGUALDAD entre los se-

res creados, y además en otro no menos sabio y justo, cual es la cosecha de buenas acciones recogida durante su estancia planetaria, que ha de formar el único equipaje admisible que lleve consigo el espíritu al ingresar en el mundo de la verdad. A pesar de todo esto, la oración es conveniente. Nuestro pensamiento dirigido á un sér querido, desligado completamente de los lazos materiales, vibra en todo su sér y siente satisfacción inmensa al recibir aquel recuerdo cariñoso del sér ó seres que tanto amó y con los cuales compartió su última existencia en el planeta. Que el flúido universal es el vehículo del pensamiento, no cabe duda alguna, puesto que lo vemos comprobado diariamente en nuestras evocaciones á los espíritus; y siendo esto así, claramente se colige la conveniencia de la oración, que no es otra cosa que un recuerdo dirigido, ya con el pensamiento, ya de palabra, á los seres de ultratumba.

Pues qué, ¿por desgracia existe una barrera inexpugnable entre ellos y nosotros? No, todo lo contrario; la sabiduría increada ha consignado en sus inmutables leyes los medios necesarios para que unos y otros estemos en constantes relaciones, y tanto es así, que los espíritus superiores nos envuelven y penetran con su irradiación flúida hasta el extremo de leer en nuestro propio pensamiento. Todo se relaciona y enlaza en el universal conjunto. Los seres que pueblan las inconmensurables extensiones del espacio, alternan, por medio de las existencias planetarias, con los encarnados de los mundos; los unos toman cuerpo mientras que los otros á su vez lo abandonan; y partiendo de esta ley sabia, perfecta y equitativa, nada más natural y lógico que los espíritus que vivieron entre nosotros agradezcan nuestras oraciones, nuestros recuerdos, nuestros pensamientos, que envuelven el deseo de su felicidad. He aquí demostrada palpablemente la conveniencia de la oración, tal como debe entenderse.

El gran escritor de nuestro siglo, el eximio poeta entre los más distinguidos vates, el hombre librepensador por excelencia, el que gozaba por su talento de renombre universal, el inmortal Víctor Hugo, en fin, nuestro querido hermano en creencias, dejó consignado en su testamento que no interviniere en sus funerales ninguna religión positiva; PERO QUE SI ADMITIA LAS ORACIONES DE LAS ALMAS, Esta última cláusula, nacida indudablemente de la sublime inspiración que recibiera su elevado sér pensante en tan solemnes momentos, manifiesta por sí sola lo grato que es al espíritu la oración. Pero ésta no se reduce única y exclusivamente á murmurar unas cuantas palabras bien ordenadas, porque Dios atiende más al pensamiento que á la forma.

Cualquier sér racional que en esas noches de atmósfera etérea y pura, contempla las rutilantes estrellas sus pendidas sobre nuestras cabezas, MEDITA Y ORA, porque en ellas adivina á la Inteligencia Suprema y su poder infinito. Tal vez no comprenda al engranaje sabio y perfecto de tan grandiosa obra, pero de seguro le admira, porque en él se refleja la sabiduría creadora del Gran Mecánico que les dió forma, y reconoce necesariamente su insignificancia y pequeñez, por grande que sea su talento y posición social.

La madre cariñosa que ve en el lecho del dolor espirante al hijo de sus entrañas y que dió la mitad de su existencia por devolverle la salud, medita y ora.

El que trabaja en obras benéficas

Registrado como artículo de 2a. clase el 5 de Septiembre de 1904.

INTERESANTE.

Este periódico, dedicado especialmente á los que desconocen la Doctrina Espiritista, saldrá á luz los días primero de cada mes.

Se enviará á domicilio, gratuitamente, á toda persona que lo solicite, ya sea de esta ciudad ó de fuera de ella, mandando su dirección á la Administración de él, calle 55 número 474.

Devolviéndose esta publicación á su Administración ó á la oficina de Correos, no volverá á enviarse á la persona á quien vaya dirigida.

Se invita á colaborar á todos los espiritistas de buena voluntad, reservándose la Dirección el derecho de admitir ó desechar los originales que se le remitan, los cuales en ningún caso se devolverán.

y el que se desvela por el progreso espiritual de la humanidad, también medita y ora, porque su pensamiento va envuelto en efluvios de caridad.

Hasta el ateo y materialista que asaltado por la duda tiende su pensamiento hacia la existencia ó no de la vida futura, también medita y ora, porque en aquel momento desearía que se le revelase la verdad.

Empero, ¿á qué molestarnos más en probar la conveniencia de la oración? No creo haya ningún espiritista que ignore que hay muchos espíritus que en las sesiones nos suplican roguemos por ellos, y cuando así lo desean, es la prueba más terminante de que les agrada la oración. A esto se nos dirá que son espíritus en turbación, y que con su petición no hacen otra cosa que demostrarnos las tendencias religiosas que tuvieron en la vida planetaria. Conformes de toda conformidad; pero de cualquier modo, sería inhumano y cruel negarnos á satisfacer sus deseos; lo piden, por algo será. ¿Podemos calcular nosotros la eficacia de la oración y el poder de nuestra propia voluntad? Hagamos comprender á un espíritu en sufrimiento que perteneció en la carne á cualquier religión positiva, que no hay castigos eternos, sino temporales; que su angustiosa situación tendrá fin más pronto ó más tarde; que volverá á tomar carne en un planeta, para lavar las manchas que se le hacen sufrir; que llegará un día, aunque lejano, que se considere feliz y venturoso, porque su ser pensante formará parte de una colectividad dichosa de espíritus elevados; que desde entonces no volverá á sufrir más, pues terminarán para él los sufrimientos, y que seguirá eternamente disfrutando de una inefable dicha; digámosle todo esto, y aunque no lo crea firmemente, sólo la duda de si será ó no verdad, le aleja de la desesperación, sufre más resignado y empieza á sentir en la esperanza un consuelo que en parte mitiga sus penas.

Estos, ó parecidos resultados, produce la oración bien entendida, es decir, la oración de las almas, la oración espontánea, la oración que nace de lo íntimo de nuestro ser y que no envuelve en sí medro alguno de interés material.

B. ALVAREZ MENDOZA.

—(o)—

"El Confraternal."

Este querido colega, entusiasta propagador de nuestra sublime Doctrina, que se publica en Monterrey, en su número 30 de Septiembre pasado, nos dedica unas líneas, felicitándonos por el 2º aniversario de nuestra publicación, con conceptos tales, que nos consideramos indignos del honor que nos hace. Sus frases benévolas las agradecemos con toda nuestra alma; son para nosotros fuerzas que nos da para continuar por el pedregoso camino en que nos encontramos, y las aceptamos gustosos sólo como una demostración del amor fraternal que nos une.

Armonía Universal.

[Para "El Mensajero Cristiano."]

¿Qué se entiende por armonía?

Es la armonía una virtud? ¡Ah! es algo más. La verdadera armonía la constituye el conjunto de todas las virtudes que debe reunir el hombre para seguir sin desdén por el camino de redención y salvación de las almas.

No se puede gozar de buena armonía mientras falte siquiera una de esas flores que forman el precioso ramillete que adorna y embellece los espíritus y que indispensablemente tienen que llevar consigo para poder traspasar los umbrales de las regiones de la luz.

No puede gozarse de verdadera armonía mientras falten una de esas notas que forman el conjunto de los cánticos celestes que los espíritus de luz entonan al Creador.

La verdadera armonía es la nota sublime que resalta sobre todas las mezquindades humanas. Arroba los corazones, sublima las conciencias, extasía las almas y desde la vida terrena hace presentir los efluvios benéficos que exhalan los espíritus de luz.

El planeta que habitamos es un mundo algo atrasado aun (aunque en progreso) y no dudamos que relativamente al grado de atraso de la humanidad que la habita, existe un número considerable de sus congéneres en que reina una regular armonía entre ellos; pero con relación á la armonía Universal, pocos son los que gozan aun de ese don sublime para que sus almas puedan desde la vida presente elevarse hacia las regiones celestiales.

Pocos, muy pocos son aun los que reúnen todas las virtudes y perseveran arrastrando esa cadena que enlaza las almas del Universo infinito y los conduce hacia el Creador.

Y mientras en la humanidad terrena haya puntos distintos, notas discordantes que hacen distraer á unos por acá y á otros por allá, siempre será esto un laberinto hasta cierto punto incomprensible. Y hay que trabajar con arraigo; hay que luchar con energía; hay que combatir con entereza para que desaparezca esa valla de obstáculos que obstruyen el camino del progreso, interceptan el paso de las almas y tiene estacionada á la pobre humanidad.

Esa valla pernicioso la constituyen la reacción y el obscurantismo, y esos obstáculos que forman parte integrante de ella son los gobiernos que no saben cumplir los deberes que les exige su misión sagrada, ni saben inculcar al pueblo el conocimiento de sus derechos, de la justicia y de la verdad. Y las religiones positivas que en vez de la verdad han enseñado y aun enseñan los más perniciosos errores y han sido el verdadero azote de los pueblos.

La falta de armonía y la falta de paz en los pueblos, viene pues de arriba, de la llamada alta aristocracia pues en el corazón del pueblo, está el germen de libertad y de progreso que constituye la verdadera armonía; pero sin desarrollarse, allí permanecería latente. Y en virtud que ni esos gobiernos ni esas religiones se prestan al cumplimiento de ese deber sagrado y de tanta trascendencia es muy natural que se cumpla fuera de esas instituciones opresoras de la humanidad.

¿Queréis pues, tener un pueblo en que reine la buena armonía y fraternidad entre todos sus moradores? ¿Queréis tener una sociedad pacífica y tranquila? ¿Queréis extirpar las contiendas y an-

tagonismos? ¿Queréis en fin tener una familia modelo de honradez y de virtudes para que reine la mayor armonía entre ella? Instruirla y educadla, y con especialidad instruid y educad á la mujer, para que sepa ser buena hija; buena esposa y buena madre; para que sepa á su vez ser maestra de sus hijos; que sepa ser la verdadera sacerdotista del hogar.

Aun hay padres (y esto horroriza) que dicen que no creen conveniente instruir á sus hijos; pero si esos padres, si esos pobres seres disfrutaran de esa luz de la conciencia, de ese alimento del alma que se llama instrucción y con esto de una buena educación moral, no dirían eso; sino que se apresurarían á proporcionar á esos pedazos de sus entrañas esa luz que los ha de guiar á puerto seguro de salvación.

¿Quién tiene, pues, la culpa de que aun haya seres tan obsecados que prefieren mantener á sus hijos envueltos en las brumas del obscurantismo; sino esas que llamándose religiones solo son verdaderos parásitos que absorben la preciosa savia de las conciencias y absorben á mansalva, también, el producto de las plantas cultivadas por el pueblo trabajador.

¡Oh religiones positivas! particularmente tú religión católica romana, avergüénzate y depon tus armas, que son las del error; que una avanzada que tremola una bandera gloriosa va abriendo paso; blandiendo la espada flamígera de la verdad, y á la hora menos pensada serás sorprendida y caerás absorta ante la fuerza imponente de las huestes del libre pensamiento.

Las buenas dotes para gozar de la verdadera armonía Universal no se adquieren sometiéndose á las patrañas de esas instituciones falaces, sino rindiendo culto al trabajo, á la instrucción y al cumplimiento del deber de todos para uno y uno para todos. Rindiendo culto en fin á la justicia, á la razón y á la verdad; que es como se conquista el progreso de los pueblos y se alcanza la verdadera salvación de las almas.

FAUSTINO ISONA.

— + —

Los Muertos.

¿No han hablado ustedes nunca con los muertos? Yo no he visto gente de trato más apacible, más veraz y leal, á fe de vivo. Los que yo he tratado á lo menos son adorables.

A veces en el campo, al caer la tarde, cuando me he sentado á tomar algún reposo, han venido algunos á hacerme compañía y hemos compartido como buenos hermanos los recuerdos, así como otros comparten la merienda.

Otras veces á deshora de la noche, cuando un exceso de café ó cualquiera otra causa apartan de mis ojos el sueño, vienen despacito á sentarse á mi cabecera y departen conmigo amigablemente.

Nunca se me presentaron con formas repugnantes: siempre se revistieron de un no se qué decoroso atractivo, á fin de que su compañía me fuera grata.

Ápenas se le hubo acabado la vida al pobre Francisco Cuello estuvo á verme, y aunque no ocultaba sus heridas, no ví en ellas nada repugnante; al contrario, parecían tan bien en él, que más semejaban fuentes de vida que de muerte.

A veces he sido visitado por un niño, por un compañero de colegio, y á

pesar de los treinta años transcurridos, se puso el mismo traje y la misma figura con que solía tratar conmigo cuando vivía.

—¿Te acuerdas, me preguntó con candorosa sonrisa, de cuando hacíamos juramento de ser generales ó morir guerreando?

Yo casi me avergoncé y temí que me echase en cara el no haber cumplido ni tener ganas de cumplir mi juramento; pero él me consoló con una mirada cariñosa, y como si fuera un hombre dió á su rostro de niño una significativa expresión de comprender muy bien lo que en la primera edad habíamos dispartado.

Un día recibí de improviso á una aldeana que á la edad de once años recibió de mí la promesa formal de casarme con ella después de haberle leído un artículo lacrimoso de "Estrela." Yo temí que iba á arañar el pobrecita! Nada menos que eso. Iba con la novela de Florián en la mano y tenía el dedo índice puesto en la página que juntos habíamos leído.

Me preguntó si amaba á los vivos que estaban unidos conmigo, le dije que sí sin vacilar, adivinando en su cariñoso acento que no se daría por ofendida. Se adelantó á besar á mi hijo que dormía cerca, le dió un beso, y con verdadera complacencia me dijo:

—¿Se te parece!

¡Ah! solo los muertos son capaces de esas cosas.

Hasta un pobre viejo ridículo en vida, de quien locamente nos habíamos reído, yo y otros chiquillos del barrio, estubo á verme una noche, demostrándome el cariñoso recuerdo de un tierno amor.

Los muertos viven y viven en espíritu y verdad.

La muerte no es una realidad; la muerte, tal como vulgarmente se entiende, no existe. La muerte no es el fin, es el principio de la libertad y de la vida.

Cual pintada mariposa abandona el espíritu humano su grosera envoltura y cual vapores impelidos por calurosos rayos caniculares vuela por las regiones del infinito, visita los mundos que pueblan el espacio y allí se forman las grandes ideas que tiene de la felicidad indefinida por el progreso en la moral y en las ciencias, y vuelve á nuestro lado y aun al mundo con las ideas innatas de la grandeza de Dios y de sus obras, de la indescriptible felicidad que presiente pero no halla.

Con la vida corpórea principia la cárcel del espíritu; con la muerte principia la vida del alma, es decir, su libertad y su grandeza. Con todo, la vida es, como si dijéramos, un mal indispensable para el espíritu, puesto que sin el cuerpo material no conocería las contingencias de la materia. Por esto busca el espíritu imbuído en el progreso indefinido, la envoltura material, por esto á pesar de ser el cuerpo la cárcel del espíritu, anhela el espíritu la posesión de un cuerpo con que sentir, con que obrar, y con que marchar progresivamente hacia adelante... adelante hasta el más allá!... más allá!... más allá!... infinito.

Estas son las tendencias del espíritu en su marcha progresiva.

Dos cosas son la principal pesadilla del hombre terráqueo: el «tiempo» y el «espacio». Para el espíritu no existen ni uno ni otro, y esto permite á los seres que nos son queridos vigilar nuestra existencia con la misma solicitud que lo hacían en la tierra, y aún más, según sea su grado de perfección en moral y ciencia; pues con la velocidad inconcebible del pensamiento reciben nuestros sentimientos é intenciones, temores y peligros.

«La comunión de los Santos» consiste en esta fraternidad, en esta solidaridad de bienes, de comunicaciones, de amistades, de amor entre los que fueron y los que somos, entre los vivos y los que llamamos muertos, aunque no son tales en espíritu, pues que vienen á nosotros siempre con amor y sin pesar los llamamos para el bien y por amor con el amor sincero del bien querer y del bien amar.

Dios es amor.

Los espíritus encaminados al bien son los emisarios de Dios. Los espíritus embebidos en el amor, infunden amor, despiden amor, llaman amor y acuden por amor al llamamiento del amor por las dulzuras que infunde el amor del amor enamorado.

—||o||—

Pobreza del Crucificado

AVARICIA DE ROMA.

Oh, mártir del Gólgata! Cuán hermosa fué tu enseñanza, en ella vemos claramente que todos sin excepción somos hijos del Supremo Hacedor, y por lo mismo somos también iguales. Tú fuiste el primero que al nacer, siendo superior á las demás criaturas, naciste tan pobre, que no has tenido dónde recostar tu cabeza, ejemplo grande, con el que das á conocer que grandes y chicos somos iguales, pues somos hijos del Padre. Tu vida y paso por el planeta fué un ejemplo que dejaste como legado de gran valía, para la pobre humanidad; pobre, humilde, sencillo, caritativo, te dedicaste por tu gran amor á nosotros á enseñarnos el verdadero camino, que debe guiarnos á la suprema felicidad, pero pocos, muy pocos son los que siguen las sendas por tí trazadas. Tu subida al Gólgata, abrió una nueva era para nuestro planeta, era que si no hubiese tropezado con las ambiciones de los sectarios del paganismo, hubiera sido determinado una era de felicidad para la Tierra.

El paganismo se vió perdido con tu doctrina sacrosanta, tembló en sus cimientos y se derrumbó; sus sectarios se vieron perdidos y abrazaron por especulación el cristianismo, haciendo en él tan grandes variaciones que por completo en pocos siglos quedó transformado en el verdadero paganismo; los antiguos apóstoles sucesores del Mártir y los primeros predicadores, pobres, sencillos y amorosos para la humanidad, fueron sustituidos por un clero orgulloso, ambicioso, déspota y tirano, que estableció gerarquías, que se abrogaron atribuciones tan grandes, pues su última gerarquía es el Papado, el cual es la cabeza visible de la Iglesia y representante de Cristo en la Tierra.

Veamos ahora la semejanza entre Jesús y el Papa: Jesús pobre, sencillo, predicando amor y caridad, consolando al triste, perdonando á sus verdugos y practicando la caridad sin límites.

El Papa, gerarquía suprema, demostrando en todos sus actos la soberbia en su grado máximo, pues llegó á ser Soberano el más déspota de la tierra, hacíase sacar en hombros de hombres por las calles de Roma sentado en la silla, mal llamada de San Pedro, con un báculo de oro repujado con piedras de gran valor.

El Mártir lavó los pies á sus discípulos.

El Papa, para imitar al mártir, se pone un anillo de oro en sus pies y se los hace besar.

Jesús repartió sus dones en la tierra.

El Papa inventó jubileos y bulas, para recoger cuantiosas riquezas que acumula en el Vaticano, sin que éstas sirvan más que para saciar su avaricia desmedida, sin preocuparle en nada las miserias de la humanidad, y de esto buena prueba nos da Roma en la época en que era él el soberano; no existía otro punto en donde con tanto ahínco se hubiera entronizado la miseria como en éste, y donde su soberano no haya hecho nada para aliviarla.

Veis la pariedad entre las máximas del Mártir y las del Papado. Oh! ceguera de los hombres, estáis aun subyugados á la voluntad del clero romano, y vuestro pensamiento sujeto por las cadenas de la esclavitud de la conciencia; abríos paso y dad rienda suelta á la razón, pensad y veréis que el fanatismo os lleva más allá de lo que vuestra razón os permite ir; romped, sí, de una vez esas cadenas, no le pongáis dique á la razón y entonces reconoceréis vuestro error, y volveréis sobre vuestros pasos, quitándole esa fuerza oculta que hoy le da vida, y una vez sin este gran apoyo, se derrumbará para siempre la nueva Babilonia y sólo la historia será la encargada de dar su severo fallo á esta dominación de la conciencia, y mientras tanto nosotros procuraremos por todos los medios no perder un solo paso de los dados, para la redención de la humanidad.

Adelante, adelante. Hágase la luz.

RAMÓN PUMPIDO PUGA.

—=[o]=—

NIGODEMO

LA INMORTALIDAD Y EL RENACIMIENTO,
EL GENESIS DE LA TIERRA, Y LA HUMANIDAD
TERRESTRE.

IX.

Ven... sígueme. Los infiernos del dolor.

Hube de retroceder el umbral de la felicidad, de donde me repelia la virtud, que allí tenía su morada y sus encantos. No pesaba sobre mí una maldición, pero, aguijoneado del recuerdo, volvía á desandar el camino de mi elevación al empuje de una fuerza y una voluntad incontrastable. Había subido rápidamente por la misericordia, y descendía con mayor rapidez por la justicia. Salvaba el espacio con la velocidad del pensamiento aumentada con el peso de mis groserías materiales, dejando detrás de mí todas las maravillas que se me había concedido admirar y tocando ligeramente en los mundos que había visitado. Súbito una espantosa conmoción, ¡oh! tiemblo al recordarla! trastornó todo mi ser: había regresado á mi punto de partida: estaba de nuevo en la tierra; lo conocí, sin verla, en el abatimiento que se apoderó de mi alma.

Circundábame una semi-obscuridad que me impedía distinguir los objetos materiales; pero la luz espiritual brillaba en toda su plenitud é iluminaba los más recónditos secretos de mi vergüenza. Sombrío desaliento que tocaba los primeros términos de la desesperación, invadía mi ánimo. ¿Cuándo saldré de esta cárcel, me preguntaba; cuándo podré sacudir el yugo que me retiene en este lugar de expiación; cuándo se me abrirán las puertas de la bienaventurada región de los espíritus puros? ¿Cuántos siglos de siglos me separan del templo del amor, morada de los vivientes? ¡Oh, cielos de la virtud, inaccesibles á las almas cobardes que, como yo, fueron vencidas sin lucha y por lo mismo sin gloria! ¿Llegará, por ventura, el día en que mi espíritu, por derecho propio, por el derecho de los espíritus vencedores, salve el abismo que de vosotros me separa, y forme en los angélicos coros que perpétua-

mente entonan cánticos á la sabiduría, al amor y á la justicia? ¿Hasta cuándo ¡oh tierra! serás el fruto de las obras de mi espíritu? ¡Oh desventura la mía! exclamé.

Entonces una voz suave como el amor y atractiva como la esperanza llegó á mi corazón y SENTÍ que me decía: "Espíritu pusilánime y desconfiado, cobra aliento y póstrate agradecido ante la bondad y la providencia del Altísimo. Tú has visto algo de tu porvenir, que es el porvenir de todos los hombres de la tierra, y desfalleces al reflexionar cuán larga es la vía que de la bienaventuranza te separa: más ¿sabes algo de tu pasado? ¿has medido el camino que ha recorrido ya tu alma? Ven: sígueme."

Y fui llevado, aunque con menos velocidad que la vez primera. Mi vista se espaciaba libremente, y pude notar que me iba alejando del archipiélago planetario á que la tierra pertenece. Sentíame poseído de una secreta tristeza, que aumentaba con la distancia de la tierra. Hubiera querido retroceder: mas el invisible, el misterioso soplo, impregnado de tristeza como mi ánimo, me repetía: "Sígueme..." y yo seguía.

¿Por qué el sol iba palideciendo y oscureciéndose el espacio? ¿Por qué me oprimía el desaliento? El estado de mi espíritu tenía muchos puntos de semejanza con el de aquel que va á visitar el osario donde duermen sus mayores y los seres de su cariño. Es más: parecíame á un mismo tiempo que vivía y había muerto, y que era llevado á orar sobre mis propios inanimados restos en una tenebrosa soledad. Y el sol había desaparecido, no en el horizonte, sino en el fondo lóbrego del espacio, que yo recorría impulsado de vez en cuando por el melancólico "sígueme" de mi misterioso guía y compañero. Para hablar como vosotros y que me entendais, mi corazón latía apresuradamente y me temblaban las piernas. Dejarme un momento con mis tristes recuerdos, hermanos míos de la tierra: ellos son en cierta manera mi consuelo y mi esperanza.

"Sígueme," repetía la voz siempre misteriosa y triste, y yo seguía al través de aquella obscura, de aquella formidable soledad. Sentíame dominado por el temor, como el niño á quien persiguen tétricas visiones. Por último sobrevino una media luz á modo de los postreros crepúsculos de la noche. Lentamente iba siendo mayor la claridad, pero una claridad extraña, remisa, insuficiente, que en vez de alegrar é infundir esperanzas, comprimía el alma y era portadora de negros presentimientos. ¿Dónde vagaba el sol que emitía aquella fúnebre luz, ó la luna que sobre mí la reflejaba? Yo no distinguía astro alguno: sin duda espesas tinieblas me rodeaban acortando la potencia de mi vista espiritual.

Poco á poco fué disipándose la obscuridad que entorpecía mi vista, y abriéndose á mis pies un nuevo espacio tachonado de una que otra estrella á enormísimas distancias. En vano busqué la tierra: en vano pregunté al firmamento por el sol que brilla sobre los habitantes del planeta. Aquel espacio, aquel universo, si así puedo expresarme, está fuera del universo en que vosotros afortunadamente moráis. Ocupa su centro un rojizo y amortiguado lumínico, y á su alrededor á distancias relativamente pequeñas giran tristemente algunos cuerpos opacos de diferentes magnitudes. Es una gran hoguera, cuyo calor sostiene la escasa vida de aquellos cuerpos ateridos de frío y faltos de la necesaria luz. Es un completo sistema planetario, pero tan triste, tan triste, que al contemplarlo me acordé de la tierra y de su sol como de una mansión afortunada.

En breve abordaba uno de aquellos inhospitalarios mundos y me apoderaba del secreto de sus sombríos destinos: era un globo habitado por criaturas racionales, un crisol, una cárcel de expiación de los espíritus que en el nacimiento de su libertad quebrantaron violentamente los sabios preceptos de la ley. La contemplación de aquella isla de destierro despertó en mi mente recuerdos de tiempos olvidados, que ahora se destacaban confusamente del obscuro fondo de mi pasado. ¡Parecióme haber retrocedido, tal

vez algunos miles de años, en el curso de mi existencia, y que volvían á reproducirse las primeras páginas de la historia de mi moral desarrollo. Ni la naturaleza del suelo, ni la estructura ó configuración orgánica de sus infortunados pobladores, ni la pesadez de aquella atmósfera, ni la melancolía de aquel cielo eran nuevas para mi alma. Y al fijarme en mi cuerpo espiritual, notablemente transformado desde mi última partida de la tierra, su grosería y fealdad avivaron mis más dormidos recuerdos, reconociéndome tal como había sido en una de las primeras fases de mi inteligencia y voluntad.

En aquel mundo la estructura del cuerpo humano difiere notablemente de la estructura de los organismos humanos de la tierra. Los órganos de los sentidos aparecen rudos, torpes y groseros, aptos solo para las groseras sensaciones de que son capaces los atraídos espíritus á quienes han de servir. Una cabeza redonda, exigua y repugnante, un pecho pequeño y deforme, un abdomen grande y abultado, extremidades apenas servibles para los movimientos ordenados, un solo aparato para la visión, como igualmente para la audición ambos muy imperfectos para sus naturales fines y toscamente formados, ved ahí el hombre del mundo que tenía ante mi contemplación reavivando las apagadas cenizas de mi pasado. Mundo destinado á la expiación de gravísimas infracciones de la ley escrita en la conciencia desde los albores de la voluntad racional, apenas ofrece uno que otro medio para el goce, mientras abundan en él los caminos que llevan al sufrimiento. Es necesario doblegar el alma que en sus principios se entrega á la ferocidad y se embriaga en el crimen. Un espíritu áspero y feroz reclama un mundo cruel: es la ley de las armonías. Allí el dolor no deja lugar á los cálculos del crimen, y en el espíritu se predispone á recibir el yugo de la conciencia, incomparablemente más llevadero y suave que los efectos de la violencia y del rencor. Allí la vida es más bien un incesante malestar, un perpétuo sufrimiento.

(Continuará.)

—||o||—

"Animismo y Espiritismo."

Cada día son más unánimes los elogios que reciben nuestros queridos amigos Carbonell y Esteva por la feliz iniciativa que han tenido en emprender la publicación de la "Biblioteca Universal", y además por el buen acierto de iniciarla con la publicación de la trascendentalísima obra del conde de Aksakof, "Animismo y Espiritismo."

De esta valiosa obra llevan ya publicados tres cuadernos del tomo primero y por su esmerada impresión y claridad de los tipos merecen sus editores nuestra más sincera felicitación.

Aunque nuestros amigos no tuviesen otros títulos que les hicieran acreedores de la gratitud de los espiritistas que hablan el castellano, bastaría la publicación de esta "Biblioteca" para merecerla por entero.

La obra de Aksakof es un monumento de la literatura espiritista y era una verdadera lástima no fuese conocida en español; si á esto añadimos la baratura y condiciones de la publicación, no encontraremos exagerados los elogios que á nuestros amigos se tributan.

"Animismo y Espiritismo" se publica en cuadernos de 32 páginas en 4.º, al precio de 20 céntimos cuaderno en España y 25 en el extranjero.

Los pagos deben efectuarse al contado.

Las personas que lo deseen pueden mandar sus órdenes á la dirección de este periódico para la adquisición de cualquiera obra de las que tienen la ya reputada casa Carbonell y Esteva, facilitando esta misma dirección los catálogos necesarios.

"TIP. ARTISTICA."

AGUSTIN PABLO
CALLE 55 NÚMERO 474.